

Contemplando a la Luz una Flor
Stephen L. Talbott

Este capítulo contiene reflexiones motivadas por el libro El Río: Exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica, de Wade Davis

Mientras viajaba a través de la Amazonía ecuatoriana como etnobotánico, Wade Davis pasó un tiempo con los Waorani, antes conocidos despectivamente como los indios Auca. Este pueblo indígena, entre los últimos no contactados del Amazonas, fue noticia de primera página en el planeta cuando, en enero de 1956, atacaron con lanzas y asesinaron a cinco misioneros norteamericanos -esto a pesar de que los misioneros, antes del desastroso intento de contacto personal, les habían soltado regalos desde un aeroplano. Este incidente fue tan sólo uno de una serie de desafortunados intercambios entre los Auca y aquellos intrusos que incursionaron en su territorio. Según informa Davis, “nunca hubo contacto pacífico entre los Auca y el mundo exterior incluso hasta fechas tan recientes como el año 1957”.

Un par de décadas más tarde, durante su estadía con los Waorani, Davis acompañó a un joven guerrero llamado Tomo durante una excursión de caza. De una refinada destreza con la cerbatana, Tomo era ya capaz, a la edad de cinco años, de atravesar un dardo en un fruto a una distancia de treinta pasos, unos veinte metros. Ya adulto, podía “acertarle a una ardilla a doce metros, derribar un colibrí en pleno vuelo, y darle a un mono en pleno dosel de la selva, a más de 35 metros de altura”.

Luego de seleccionar una cerbatana corta (de un poco más de un metro ochenta), Tomo condujo a Davis y a otro compañero al interior de la selva. Según lo relata Davis, de repente:

“Tomo se detuvo, agachándose en una posición de ataque, y se separó de nosotros, moviéndose a paso constante y silencioso a través de un matorral de heliconia, hasta detenerse a la base de un árbol enorme a unos veinte metros del sendero. En un sólo gesto había tomado un dardo, aguzado su punta, con destreza enrollado la fibra de ceiba en la base, e introducido éste en la boca de la cerbatana que ahora estaba suspendida, inmóvil sobre su cabeza. De repente sus carrillos se inflaron, con una presión tremenda, que fue liberada en un instante. Momentos después avanzaba a través de la vegetación mientras gritaba y reía. Cuando lo alcanzamos, sostenía en su mano un momoto yeruvá (rufous mot mot, *Baryphthengus martiis*). El ave aún estaba viva. Tomo había conseguido alcanzarla antes de que el veneno surtiera efecto. Metió la asustada criatura en su canasto y puso el dardo de manera visible en la hendidura de un árbol para que todos supieran que un animal había sido tomado.”

El uso de la cerbatana es un arte muy desarrollado. Los Waorani rutinariamente envenenan las puntas de sus dardos con potentes toxinas que extraen de las plantas. Las afilan usando los cortantes dientes de una mandíbula de piraña, y al hacerlo se aseguran que, si la presa lograra liberarse del dardo, la punta envenenada se romperá para quedar enterrada en su cuerpo. En cuanto al arma en sí misma, su volumen es menos de una décima parte de la capacidad pulmonar, por lo que “no es la fuerza sino el control lo que

cuenta, al calcular la distancia de la presa, el ángulo de tiro, la trayectoria apropiada". Hasta cierto punto, una cerbatana más larga produce una velocidad mayor en el dardo, pero más allá de ese punto la resistencia en el arma es la que domina. "Encontrar ese balance perfecto, el largo correcto, es lo que ellos siempre están buscando".

Leer el Entorno

Muchos de nosotros, sumidos en una cultura más tecnológica, podríamos envidiar las habilidades involucradas en el éxito de Tomo en la cacería. Pero para Tomo, la envidia parecía dirigirse en la dirección opuesta. "Aunque dotado cazador con el dardo, Tomo confesaba que él, como la mayoría de los Waorani, prefería las armas de fuego".

Una preferencia extraña, se podría pensar, considerando que la mayor parte de las armas de fuego al alcance de los Waorani eran "artefactos miserables: escopetas de un solo tiro, de antemano condenadas con débiles resortes de disparo, que raramente duraban un año". Una caja pequeña de cartuchos costaba lo mismo que tres cerbatanas - el equivalente a una semana de trabajo (si es que había trabajo). Hacer esa compra requería una travesía de cuatro días. Una vez obtenida, la escopeta podía ser útil para cazar animales terrestres de gran porte, a corta distancia (asumiendo que ésta si disparara correctamente), "pero para aves y monos y cualquier animal que viviera en el dosel, la cerbatana era de lejos el arma superior". ¿Cuál era entonces la atracción por el arma de fuego?

"El gusto de los Waorani por las armas de fuego tenía poco que ver con la eficiencia. Era la atracción intrínseca por el objeto en sí, el sonido de los mecanismos, el brillo de la culata, el poder de la explosión. Como lo explicaba un cazador Waorani, "Hace un ruido tan hermoso".

En este sentido, ¿no somos todos nosotros como los Waorani? Es justamente eso: tan pronto nos cansamos de un reluciente objeto, necesitamos otro -- preferiblemente uno más "sofisticado", o al menos uno diferente. Entra en cualquier almacén de alta tecnología, ya sea uno de aparatos electrónicos, uno de electrodomésticos, y (si eres como yo) experimentarás, desde cada ángulo, "la atracción intrínseca por el objeto en sí" -- exactamente el tipo de atracción que hace a un cazador Waorani preferir un arma de fuego con sus seductores y sonoros mecanismos, a la cerbatana, que se ha convertido en una parte tan usual e íntima de sí mismo.

Esto sugiere algo que yo pienso es en gran medida cierto: la historia tecnológica es una historia de alejarnos de nosotros mismos. Abandonamos viejas habilidades y formas de ser. Esto no es algo malo en sí mismo. La vida de cada individuo es un viaje sin fin de lo que ha sido hacia aquello en lo que se está convirtiendo. Constantemente nos dejamos atrás a nosotros mismos, y esto es necesario. Es esto lo que significa crecer. Pasa lo mismo con las culturas.

Me parece que el problema radica en un profundo cambio de énfasis -- un cambio que *no* era necesario. Sin embargo, es difícil apprehender ese tema desde dentro de una cultura de antemano tecnologizada.

Para dominar el arte de la cerbatana, Tomo desarrolló muchas destrezas físicas y aprendió a ser sigiloso. Aprendió a ser cuidadoso, ya fuera en la preparación de sus venenos o el afilado de sus dardos, o evitando lo que solemos llamar “daño colateral”. Aprendió a ser paciente y a tener una atención bien enfocada. Pero, sobre todo, aprendió a leer su entorno a través de una conexión interna que resonaba con éste: sólo comprendiendo la naturaleza de la selva, el carácter y los posibles movimientos de su presa, los significados que lleva la incesante sinfonía de sonidos que anima la floresta -- sólo así podría tener éxito en la caza usando un arma tal como la cerbatana.

El punto crucial (que emergerá más claramente en lo que sigue) es que la lectura del entorno que hacía Tomo era plenamente cualitativa. Necesitaba saber lo que era *estar en el pellejo* de cierto animal. Necesitaba reconocer los gestos característicos de su movimiento -- y, por cierto, de todos sus comportamientos -- conocerlo desde adentro, por decirlo de una manera. Los detalles decisivos para una caza particular, cualquiera fuera ésta, estaban con toda seguridad disponibles para Tomo sin apelar a reflexiones o cálculos, porque éstos estaban implícitos en el más amplio patrón expresivo que él aprehendía como un todo unificado. Tal “resonancia interna” con el propio entorno es profunda, sutil, y revelatoria: un prerrequisito (aunque no el único) para cualquier comprensión cabal del mundo.

El cambio de énfasis al que me refiero es el sacrificio de esta atención cualitativa hacia el propio entorno en favor de una comprensión estrictamente analítica y técnica. Es la diferencia entre tener información *acerca* de alguien, por un lado, y por otro, *conocerle*. Este entender su naturaleza nos da un poder de reconocimiento directo; podemos estar más receptivos a las cualidades expresivas de la persona o entidad – lo que también significa estar abiertos a esas mismas cualidades en nosotros mismos. Traspasamos, en el momento de conocer, la barrera entre nuestro ser y el ser del otro. Experimentar las cualidades de una cosa es necesariamente *vivenciarlas*, encontrar su forma y movimiento y significado reproducido al interior de nosotros mismos. Esto es a lo que me refiero como “resonancia”.

La Facultad de Reconocimiento

La habilidad para leer la naturaleza en este sentido cualitativo, de conocer sus fenómenos desde el interior, no está restringido a culturas “primitivas”. Aunque no sepamos cómo reconciliar esta habilidad con los procedimientos canónicos de la ciencia, a menudo la reconocemos como una marca del genio científico. El personaje principal del libro de Davis, el legendario etnobotánico de Harvard, Richard Evans Schultes, ejemplificaba esta clase de genio.

Schultes era un caso aparte en su campo. Como Davis lo relata, “aún los botánicos más experimentados sienten un profundo respeto por la inmensa diversidad de las Selvas Amazónicas”:

“Enfrentados con lo desconocido, coleccionan especímenes y hacen lo mejor que pueden para identificar una planta hasta el nivel de familia o género. Sólo más tarde, en la comodidad del herbario e invariablemente con la asistencia de un colega

especializado en ese grupo particular de plantas, dilucidarán la especie y obtendrán una determinación completa.”

Con Schultes, quien colectó más de 25,000 plantas en Colombia entre 1941 y 1953, y quien fue el primero en registrar géneros completos previamente desconocidos para la ciencia, junto con cientos de especies, esto era diferente. “Él tenía lo que los científicos pueden llamar un sexto sentido taxonómico” -- una habilidad instantánea para detectar variaciones significativas dentro de un patrón general. Ocasionalmente demostraba su capacidad de atención a estas variaciones de manera asombrosa:

“Schultes iba una vez en una pequeña aeronave, que luego de despegar desde una pista polvorienta, pasó rozando el dosel de la selva y por poco se estrella. Un colega que estaba con él recordaba años después que durante todo el episodio, Schultes se quedó sentado, tranquilo junto a una ventana, sin prestar atención a los gritos de los aterrados pasajeros. Resulta que había detectado un árbol, una nueva especie de *Cecropia*, y escasamente se había enterado de la crisis.”

Lo que pasaba, comenta Davis, es que Schultes

“podía resolver problemas botánicos al instante, hacer descripciones en campo, realinear especies y géneros con sólo contemplar a la luz una flor. En toda la historia de la botánica amazónica, sólo unos cuantos científicos han tenido semejante talento.”

“...con sólo contemplar a la luz una flor”. Esta es la esencia del conocimiento cualitativo. Es la diferencia entre discurrir laboriosamente por un conjunto de claves analíticas para identificar una planta o, basados en una familiaridad directa e íntima con el mundo vegetal, *reconocer* inmediatamente su carácter distintivo y sus relaciones con otras plantas. Para entender un poco lo que esto significa, piensa en cómo identificarías un rostro entre una multitud si todo lo que tienes fuera una lista de rasgos discretos; y compara eso al acto de reconocer a un viejo amigo. Reconocerlo es instantáneo, o casi que lo es: una sola acción de traer a tu mente las cualidades de una imagen completa, sin análisis. Y en esa imagen poder leer mucho acerca de la clase de experiencia por la que tu amigo justo atraviesa y el carácter de sus relaciones con aquellos que lo rodean.

De hecho, nosotros ejercitamos tales poderes de reconocimiento todo el tiempo; sin ellos no habría ciencia. Pero una ciencia que hace tiempo rechaza cualquier consideración con las cualidades de las cosas, ha empujado decididamente nuestros actos de reconocimiento a la periferia. Menciona estos hechos cotidianos, humanos y mundanos en ciertos contextos científicos y pronto escucharás murmurar el calificativo de “místico”. Nuestras tecnologías, con su acento marcado en información que sea automáticamente transferible, de manera persistente nos condicionan para desatender las cualidades sutiles. Los pasos para identificar una planta analíticamente por medio de una clave o tabla de identificación son fácilmente enseñados a través de un programa. Lo que Schultes era capaz de ver cuando contemplaba a la luz una flor no lo es. El programa arroja respuestas limpias, sin ambigüedad, un sí o un no -- y poco más. El tipo de comprensión que Schultes desplegaba cuando estudiaba una flor le permitía reimaginar

y reorganizar las relaciones sobre las cuales dichas claves o tablas analíticas están basadas.

Conocimiento Enigmático

Las tribus del Amazonas exponen numerosos enigmas que seguramente están relacionados con la diferencia entre una comprensión cualitativa y una analítica. Hay una planta llamada *yagé* cuya corteza contiene las beta-carbolinas harmina y harmalina. Combinando el *yagé* con otras plantas, los chamanes del Amazonas noroccidental hace largo tiempo aprendieron a preparar potentes bebidas psicoactivas. Investigando dos de las plantas auxiliares empleadas en estas mezclas, Schultes notó que contenían triptaminas, “poderosos componentes psicoactivos (escribe Davis), que cuando se fuman o inhalan inducen una embriaguez muy rápida e intensa, de corta duración, marcada por asombrosas imágenes visuales”. (Ni Schultes ni Davis se rehusaron a verificar tales efectos por si mismos.)

El problema es que, tomadas oralmente (los Indígenas bebían estas pociones), las triptaminas no tienen efecto: son desnaturalizadas por una enzima en el tracto digestivo humano. Pero, resulta que, precisamente, las beta-carbolinas en el *yagé* inhiben esta enzima. Así, cuando el *yagé* es mezclado con una de las plantas auxiliares, la combinación produce efectos alucinógenos dramáticos.

“Lo que asombraba a Schultes no era tanto el efecto en sí de los bebedizos -- para ese entonces, después de todo, se estaba acostumbrando a tener la conciencia inundada en color -- como la pregunta intelectual subyacente en la elaboración de estas complejas preparaciones. La flora amazónica contiene literalmente decenas de miles de especies. ¿Cómo habían aprendido los indígenas a identificar y combinar de esa manera sofisticada unas plantas disímiles morfológicamente que poseían estas propiedades químicas únicas y complementarias? La explicación científica estándar era el ensayo y error -- un término razonable que bien puede dar cuenta de ciertas innovaciones -- pero a otro nivel, como Schultes llegó a comprender al pasar más tiempo en la selva, esto es un eufemismo que oculta el hecho de que los etnobotánicos apenas tienen idea de cómo los indígenas hicieron sus descubrimientos originalmente.”

“El problema con el método de ensayo y error es que la elaboración de las preparaciones a menudo involucra procedimientos que son, o extremadamente complejos, o que generan productos cuyo valor es poco o nada obvio. El Yagé es una liana no comestible, carente de cualidades que hagan fácil distinguirla, que rara vez florece. Es cierto que su corteza es amarga, a menudo un indicio de propiedades medicinales, pero no lo es más que una centena de otras lianas de la selva. Una infusión de la corteza causa vómito y diarrea severa, condiciones que desalentarían una experimentación posterior. Y aún así, los indígenas no sólo persistieron, sino que llegaron a ser tan adeptos a la manipulación de los variados ingredientes, que chamanes particulares desarrollaron decenas de recetas, cada una de ellas resultando en pociones de variadas intensidades y matices, para ser usadas con propósitos rituales y ceremoniales especiales.”

Otro ejemplo era la preparación del veneno para dardos conocido como “curare”:

“La corteza se raspa y se coloca en una hoja con forma de embudo que está suspendido entre dos lanzas. Se deja percolar agua fría a través del raspado, y el líquido que escurre se colecta en una vasija de barro. El oscuro fluido se calienta lentamente y se lleva a una ebullición espumosa, luego es enfriado y recalentado más tarde hasta que una nata espesa y viscosa se forma gradualmente en la superficie. Esta nata es sacada y aplicada a las puntas de los dardos y flechas, las cuales son entonces cuidadosamente secadas sobre el fuego. El procedimiento en sí es mundano. Lo insólito es que uno puede beberse el veneno sin sufrir daño. Para ser efectivo, éste debe entrar a la sangre. La comprensión, por parte de los indígenas, de que esta sustancia, inactiva oralmente, derivada de un número reducido de plantas de la selva, podía matar cuando se administraba intramuscularmente, era profunda y, como muchos de sus descubrimientos, difícil de explicar solamente por el concepto de ensayo y error.”

Tal vez la hipótesis de ensayo y error simplemente refleja un hábito muy instalado de ignorar los potenciales de conocimiento que ofrece una atención a las cualidades de nuestro entorno. Tal atención por parte de los indígenas puede ser bastante asombrosa. Ellos reconocían muchos tipos diferentes de plantas de *yagé*, de las cuales todas, tanto como Schultes podía determinar, eran referibles a una sola especie. Los criterios de distinción no tenían sentido botánicamente, y sin embargo “los indígenas podían fácilmente diferenciar sus variedades a simple vista, aún desde una distancia considerable en la selva. Lo que es más, individuos de diferentes tribus, separados por grandes extensiones, identificaban esas mismas variedades con asombrosa consistencia”.

Tanto así era cierto para el *yoco*, un estimulante que contiene cafeína. Schultes colectó catorce diferentes tipos según los reconocían los indígenas, “ninguno de los cuales podía ser determinado según las reglas de su propia ciencia”. Schultes, como Davis lo reporta, estaba aprendiendo que

“al desentrañar el conocimiento indígena, su tarea no era solamente la de identificar nuevas fuentes de riqueza como sí la de comprender una nueva visión de la vida misma, una forma profundamente diferente de vivir en una selva.”

En la Búsqueda de un Nuevo Equilibrio

Es un largo camino desde la mecánica del procesamiento de información a la búsqueda de una nueva visión -- una nueva *manera* de ver. Pero lo que estoy sugiriendo es que necesitamos combinar urgentemente nuestras ambiciones de carácter más técnico con esta búsqueda de una manera nueva y cualitativa de ver, si hemos de contrarrestar la unilateralidad poco saludable de aquello. El encuentro de las dos formas diferentes de conocer es innegablemente fructífero, aún en términos estrictamente científicos. Considera lo que se ha conseguido a través del contacto de la botánica y la medicina con la sabiduría indígena en cuanto al conocimiento de las plantas. Para tomar solo un

ejemplo: el curare, el veneno usado en los dardos, condujo a la medicina occidental a la d-tubocurarine, un potente relajante muscular. Cuando se administraba durante las cirugías, reducía en gran medida los niveles requeridos de anestesia. La D-tubocurarine, anota Davis, terminó salvando más vidas humanas que las que el curare había llegado a quitar.

Para expresarlo de una manera más amplia, el conocimiento indígena nos ha nutrido con imágenes más saludables del organismo como un todo en su relación con la salud y la enfermedad:

“Para los Waorani, así como para muchos pueblos indígenas, la buena o mala salud resulta, no solamente de la presencia o ausencia de patógenos, como sí del apropiado o inapropiado balance del individuo. La salud es armonía, un estado coherente de equilibrio entre los componentes físico y espiritual del individuo. La enfermedad es disrupción, desbalance, y la manifestación de fuerzas malévolas en el cuerpo.”

Lentamente, a veces con resistencia, nuestra propia medicina ha venido aceptando esta noción de que la enfermedad y la salud son cuestiones de armonía, balance, equilibrio. La proyección de nuestros miedos en microorganismos “mortales” como las únicas e indiscutidas causas de enfermedad será eventualmente reconocida como un eco moderno de la preocupación de nuestros ancestros con los espíritus malignos. Cuando, en cambio, tornemos a mirar al organismo como un todo, tendremos que reconocer el hecho de que su armonía o desbalance no puede ser leída por medio de instrumentos. Un verdadero diagnóstico requiere nada menos que la clase de arte científico altamente desarrollado y visión cualitativa que Schultes demostraba con sus plantas.

No muchos parecen reconocer que en la era de las tecnologías digitales, nuestra habilidad para leer las cualidades de nuestro entorno, detectar qué es tóxico y qué puede curar en él, qué está en o fuera de balance, es aún más crucial de lo que lo era para Tomo. También es más difícil: la lectura requiere un esfuerzo mayor y más consciente de nuestra parte, precisamente porque nuestras máquinas parecieran hacer dicho esfuerzo irrelevante y fútil. Y sin embargo el castigo por ignorar nuestra responsabilidad es que la inercia inhumana de las máquinas dictará nuestro futuro.

No es fácil, después de todo, el ejercicio de descifrar un grupo de personas sentadas al frente de monitores. Tomo, podemos imaginarlo, bien podría necesitar hacer un juicio rápido, preciso, en cuanto a si un grupo de guerreros que encontrara en la selva era un pacífica expedición de caza o un grupo de asalto. Pero, ¿cómo podríamos nosotros medir lo amigable de esa sala llena de programadores o digitadores de datos? ¿Estarán vulnerando o, por el contrario, estarán sirviendo al común de la sociedad? ¿Estarán trabajando para la próxima Enron, o se mueven en una dirección muy diferente? No es fácil. Sin embargo, *tenemos* que aprender a leer estas cosas. El hecho es que nuestro futuro social estará determinado por las cualidades humanas de las actividades que estarán mediadas por cientos de millones de dispositivos de programación, y por nuestra habilidad de resonar conscientemente con estas cualidades y por tanto de reconocerlas.

Desafortunadamente, en sí los dispositivos sirven principalmente para ocultar -- y en algunos sentidos para anular -- las dimensiones cualitativas de nuestras actividades. Es por esto que, en un típico grupo de trabajo basado en la computación, el arte de la comunicación y apertura hacia los otros tiende a dar paso a la mera manipulación de información técnica. La agenda de actividades está estrictamente programada. El presupuesto y asignación de recursos se generan más o menos automáticamente en una hoja de cálculo. Pero la pregunta permanece: *¿qué significan* estas bases de datos y programas y cifras para los trabajadores involucrados, para la comunidad circundante, para la economía global? *¿Qué queremos* que signifiquen? -- o *¿aún importa* lo que queremos?

Leer el significado de nuestras actividades, en lugar de ser adormecidos por la vacía expresión de nuestras máquinas -- es esta la destreza y arte que se nos exige hoy. Destreza y arte que sin embargo no son ciertamente nuevos; es sólo que nuestra fascinación con los aspectos técnicos de nuestros empleos alienta un enfoque demasiado reducido. Aún así no es tan difícil, en medio de todo el intercambio de correos electrónicos y organización programada, el hacer una pregunta ocasional al vecino que uno tiene en el siguiente cubículo: "¿Cómo vas?" "¿Cómo te sientes con tu trabajo?" "¿Piensas que el producto en el que estamos trabajando ayudará a sanar nuestra sociedad o por el contrario a debilitarla?"

Si lo que en efecto percibieran acerca de su propio trabajo y los asuntos de la compañía, cualitativamente, todos los empleados de una gran corporación, fuera una cuestión de común examen y reflexión de grupo, ¿podría la empresa evitar adentrarse en una transformación revolucionaria? ¿Podría continuar siendo la misma compañía? Si, como sociedad, cultiváramos algo parecido a la apertura atenta a las cualidades expresivas del entorno como la practicaba Tomo, seguramente la transformación a la que me refiero sería algo común en vez de revolucionario. Y la repentina sorpresa de un Enron sería casi imposible.

Pero, ¿para qué molestarnos, cuando el *programa* parece ser el único trabajo real. Cuando el próximo email y el próximo reporte y la próxima meta demandan atención, y se puede confiar en el software para encargarse de los problemas mayores de coordinación? Nuestro propio funcionamiento se vuelve confortablemente no demandante en el nivel cualitativo y expresivo, con todos los retos reducidos a tecnicidades. Pero si en el nivel cualitativo y expresivo es donde descubrimos tanto las propiedades nocivas como curativas de nuestro entorno, también es donde descubrimos el significado de nuestro trabajo y las sutilezas éticas de nuestras relaciones con los demás. No es una sorpresa cuando, habiendo reemplazado este nivel con los automatismos programáticos de procesamiento de información, nos encontremos organizaciones bien descarriladas.

La Emoción de Talar Árboles

Esto no quiere decir que podamos sobrevivir en el mundo de hoy sin las nuevas tecnologías. Pero *sí* que no podremos lograrlo sin reconocer cuáles disciplinas hemos de esforzarnos aun más en desarrollar con el fin de que a la omnipresente sistematización

le demos contenido con nuestros propios propósitos. Y también necesitamos comprender cuándo nuestra preocupación con la tecnología es puro capricho.

En 1975, cuando la avalancha de bienes de consumo provenientes del exterior estaba amenazando la forma de vida de los Waorani, los misioneros locales intentaron detener la marea. Pero cuando restringieron el ingreso de radios, camisetas, lentes de sol y gorras de beisbol, los Waorani simplemente expandieron sus contactos con campos de exploración petrolera cercanos y con turistas. Llegando incluso a talar una área de bosque para una pista de aterrizaje, "inventaron rituales, imitaban las actividades de un campo petrolero, y cantaban a los helicópteros, con la esperanza de que les soltaran una lluvia de regalos".

Eventualmente los misioneros comprendieron lo irremediable de la situación. Uno de ellos, Jim Yost, le hacía notar a Davis,

"Como románticos idealizamos un pasado que nunca vivenciamos y le negamos a aquellos que sí lo conocían la posibilidad de cambio. Olvidamos quizás la lección más perturbadora de la antropología. Como lo dijo Levi-Strauss, "Las personas para quienes fue inventado el término relativismo cultural, lo han rechazado". (p. 290)

El "relativismo cultural" al que se refería Levi-Strauss incluye la noción de que cada cultura tiene sus propios valores distintivos dignos de preservar. Seguro esto es así. Sin embargo, también es cierto que los miembros de esta misma cultura pueden preferir cambiar a convertirse en objetos de museo. Podemos difícilmente preservarlos en contra de su voluntad, sea ya definiéndoles sus valores o aislándoles artificialmente.

Davis lleva el asunto a una fina agudeza cuando cita a Yost diciendo,

"Nada entusiasma más a los Waorani que el matar animales de presa y talar grandes árboles. Es lo que muchas personas que no han vivido en la selva no comprenden. No tienes que conservar lo que no tienes el poder de destruir. Hacerle daño a la selva es un concepto imposible para ellos."

Cuando Davis a su vez le interpone que, "Ellos no saben lo que significa destruir", Yost continúa:

"No tienen la capacidad de comprenderlo. En un mundo de tal abundancia, la palabra "escasez" no tiene sentido. Es esto lo que los hace más vulnerables. Es igual con su cultura. Cuando has vivido en completo aislamiento, ¿cómo puedes comprender lo que significa perder una cultura? No es sino hasta que ésta casi se ha perdido y hasta cuando las personas se educan que ellas comprenden lo que se está perdiendo. Para entonces los atractivos de los nuevos modos son avasalladores, y los únicos que quieren las viejas formas son aquellos que nunca las vivieron."

Puedes fácilmente imaginar que un sentido similar de la abundancia indestructible de los recursos naturales debió apoderarse de los primeros colonos europeos del Oeste Americano. Y, de una manera algo diferente, la inextinguible oferta de poder

computacional invita ahora al empobrecimiento de nuestras costumbres e instituciones debido a su transferencia a las superficiales y muy automatizadas rutas del silicio.

Históricamente, parece haber un elemento de tragedia en todo esto. Damos tumbos en la ignorancia y, para cuando nos damos cuenta de las sutiles formas en que nuestras acciones han tomado presa de nosotros, el daño y la pérdida son ya irrevocables.

Pero una función de la tragedia es la de sacudirnos para despertar. Con este despertar viene una nueva habilidad para volver atrás y mirarnos a nosotros mismos críticamente en el momento mismo de actuar. Y esto a su vez acarrea mayor responsabilidad moral. Seguramente, para el tiempo de la colonización del Oeste Americano, había mucha menos inocencia en cuanto a las relaciones entre el colono y su entorno, que la que había para los Waorani. Y sería difícil excusar como inocente en alguna medida la evidente narcosis extendida en la forma en que pasivamente nos hemos entregado a los medios masivos y las tecnologías digitales hoy en día, permitiéndoles separarnos de esa esencial apertura hacia las vivas cualidades de nuestros contextos humano y natural. Nosotros, después de todo, tenemos como ejemplo a los Waorani y a muchas otras culturas, sin mencionar un conocimiento razonablemente objetivo de nuestra propia historia. Los Waorani no tuvieron nada de esto.

No Lamentemos la Pérdida de Viejas Destrezas

Creer tiene un elemento trágico. Algo se pierde. La catástrofe es un agente fundamental de la maduración. Aunque sea molesto escucharlo, los Waorani no tenían otra alternativa a la de "hacerse grandes". Lo que nos permite afirmar esto es que *cada* cultura no tiene otra alternativa que la de crecer. Nuestra propia fascinación con las tecnologías digitales es igual de ingenua, un jugar a ciegas con la catástrofe cultural, cual era la fascinación Waorani con las armas de fuego y las radios. La diferencia entre nosotros y los Waorani de hace varias décadas es que, dada nuestra historia con tales cosas, deberíamos saberlo mejor.

Como una manera de mirar esta historia, ésta nos confronta con una sucesión de herramientas que nos dan una oportunidad para desarrollar un conjunto de habilidades y capacidades siempre en expansión. Sin embargo, cada vez más el reto peculiar de nuestras herramientas es que nos invitan a ignorar la esencia de dichas habilidades y destrezas. De manera funesta, son anunciadas como dispositivos que *ahorran mano de obra*, y el principal atractivo de venta radica en lo que no necesitaremos seguir haciendo, en vez de en las nuevas habilidades y destrezas que debemos desarrollar si de verdad queremos *dominar* las nuevas herramientas.

Lamentar la pérdida de nuestras antiguas habilidades no es probablemente la manera más productiva de poner en tela de juicio las nuevas tecnologías. La necesidad mayor es reconocer que, precisamente *a causa de* las capacidades de ahorro de mano de obra de nuestras herramientas de alta tecnología, el arte de dominarlas demanda habilidades mayores y una más ardua disciplina que antes. Pensemos en el vendedor de mostrador, para quien casi todas sus responsabilidades de antaño en cuanto a interacción con el cliente y retroalimentación de la operación del negocio son ahora llevados a cabo por los

computadores. Este vendedor está tan desconectado de un anterior conjunto de habilidades como lo estaba Tomo con una escopeta en sus manos. Así entonces, tenemos una elección: aceptar simplemente que el ser humano, en este caso, es ahora poco más que un “asistente tonto” para una “maquinaria inteligente”, o ya, asumir la inmensa tarea visualizar de nuevo las labores de los empleados, y el negocio en sí, sobre bases más humanas. El reto en todo esto -- si lo aceptamos -- nos pone en tensión continua con las máquinas que nos rodean. Es una tensión que Tomo podría escasamente haber notado con su cerbatana.

Pero si aceptamos el reto, entonces estoy convencido que no nos encontraremos a nosotros mismos abandonando las viejas habilidades -- al menos no en el sentido que cuenta. Una apertura cualitativa y sensible a nuestro entorno de hoy -- el tipo de sensibilidad en donde vamos más allá de la información técnica acerca de las personas y las cosas a un *encuentro* cualitativo con ellas, aprendiendo a reconocer sus expresiones y gestos característicos, aprendiendo lo que es estar en el lugar del otro, cuales son los elementos tóxicos y cuales los curativos en nuestro entorno -- esto no es tanto una negación de las habilidades de Tomo como si una extensión de ellas. Y cultivando estas habilidades encontraremos, no sólo que nuestras relaciones con el mundo tecnológico se hacen más saludables, sino también así nuestras relaciones con el mundo natural que nos sustenta¹.

Derechos de autor Stephen L. Talbott, 2003

Artículo original en inglés:

"Hold a Blossom to the Light" by Stephen L. Talbott. *NetFuture* #141, January 28, 2003 (https://www.netfuture.org/2003/Jan2803_141.html)

¹ Los comentarios en este capítulo se centran en unas relativamente pocas páginas del amplio, abarcador trabajo de Wade Davis. El libro principalmente se ocupa de Schultes y sus muchos años de viaje a través de la cuenca amazónica -- así como los viajes posteriores del autor y otro estudiante de Schultes, Tim Plowman. Hay abundante material acerca de las numerosas plantas psicotrópicas usadas por los nativos (Schultes, con su conocimiento sin paralelo de estas plantas, ganó cierta notoriedad durante la revolución psicodélica en EEUU), acerca de la búsqueda urgente de caucho por parte de los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial (en la que Schultes desempeñó un rol central), y acerca de la cultura de los americanos nativos y el penoso maltrato que estos recibieron de parte de los colonos. Con todo, un libro muy estimulante, bien escrito y digno de leer.